

y pasillos que el pedazo de tierra, de seis leguas de circuito, donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías de gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua á las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman, en las dos riberas, una prodigiosa red subterránea; laberinto cuyo hilo es la pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla al ratón, que parece el producto del parto de París.

## II

## LA HISTORIA ANTIGUA DE LA ALCANTARILLA

Si imaginamos á París levantado como una tapa la red subterránea de las alcantarillas, vista á vuelo de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso, injerto en el río. En la orilla derecha, el albañal del centro será el tronco de ese tallo, los conductos secundarios serán las ramas y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura es abreviada y no del todo exacta; pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetación.

Nos formaremos una imagen más adecuada de este extraño plano geométrico, figurándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, algún extraño alfabeto oriental, en desorden, y cuyas letras disformes estuviesen soldadas unas con otras, como á la ventura, ora por sus ángulos, ora por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la Edad media, en el bajo Imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre,

cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benarés no era menos vertiginoso que el de los Leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive. Del albañal de Munster hacía salir Juan de Leide su falsa luna y del pozo-cloaca de Negscheb su menecmo oriental; Mokanná, el profeta encubierto de Korasán, hacía salir su famoso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonías eran los fastos de Roma. La alcantarilla de París ha sido una antigua formidable, sirviendo ya de sepulcro, ya de asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen ó han perseguido, se ha ocultado en ese agujero; los *maillotins* (1) en el siglo xiv, los capeadores en el xv, los hugonotes en el xvi, los iluminados de Morín en el xvii, los *chauffeurs* (2) en el xviii. Hace cien años, de allí salía la puñalada nocturna y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro. El bosque tenía la caverna y París la alcantarilla. El truán, ese pilluelo galo, aceptaba la alcantarilla como sucursal de la Corte de los Milagros, y por la noche, ruín y feroz, entraba en el vomitorio de Maubuée como en una alcoba.

Era natural que lo que tenían por punto de faena cotidiana, el callejón sin salida de Vide-Gousset (limpia-bolsillos) ó la calle de Coupe-Gorge (corta-

(1) Nombre que se dió á los hombres del pueblo de París que, para oponerse al pago de los impuestos en 1831, se armaron de mazas y asesinaron á los encargados de cobrar las contribuciones.

(2) Nombre de unos ladrones que quemaban los piés á las personas á quienes iban á robar, para obligarlas á confesar dónde tenían el dinero.

pescuezos) tuviese por domicilio nocturno el puente-cillo del Chemin-Vert (camino-verde) ó la huronera Hurepoix. De aquí provienen multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentan esos largos corredores solitarios; en todas partes la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, donde Villón, desde adentro, habla con Rabelais, situado afuera.

La alcantarilla, en el antiguo París, es el punto de reunión de todos los aniquilamientos y de todos los ensayos. La economía política ve en ellos un *destritus* y la filosofía social un resultado.

El albañal es la conciencia de la población. Todo se dirige á él y allí se coteja. En ese lugar lívido hay tinieblas, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su forma verdadera ó á lo menos su forma definitiva. El montón de inmundicias puede alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. En él se encuentra la máscara de Basilio; pero vese el cartón y el bramante, lo interior y lo exterior aparecen y con el realce de un honrado cieno. Cerca está la nariz postiza de Scapin. Todas las porquerías de la civilización, cuando ya no sirven, caen en ese foso de verdad, á donde va á parar el inmenso derrame social. Se sumergen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Aquella mezcla es una confesión. No más falsas apariencias; ya no hay afeite ni disfraz posibles; la basura se quita la camisa; desnudez absoluta, disipación de ilusiones; lo que es, nada más que lo que es, con la siniestra figura de lo que acaba. Realidad y desaparición. Allí una botella rota confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el corazón de manzana, que ha tenido opiniones literarias, vuelve á ser corazón de manzana; la efigie del cuarto se cubre de orín francamente; el salivazo de Caifás se encuentra con el vómito de Falstaff; el luis de oro

que sale del garito choca con el clavo de donde cuelga el extremo de la cuerda del suicidio; el feto lívido rueda con las lentejuelas que bailaron el último martes de Carnaval en la ópera; el bonete que ha juzgado á los hombres, se revuelca cerca del harapo que fué la basquiña de la mujer galante; pasa de fraternidad y es tuteo. Todo lo que antes se acicalaba, ahora se empuerca. El último velo se ha arrancado. Una alcantarilla es un cínico. Dice todo.

Esta sinceridad de la inmundicia tiene algo de bueno y alivia el alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectáculo de la grande importancia que se arrogan en la tierra la razón del Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situación, las togas incorruptibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango á que se ha reducido todo eso.

Además, enseña. Acabamos de decirlo: la historia pasa por la alcantarilla. Las matanzas, como la de la noche de San Bartolomé, filtran gota á gota por entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas atraviesan ese subterráneo de la civilización y arrojan en él sus cadáveres. Para el pensador, todos los asesinatos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubrementemente con la esponja las manchas de sus crímenes. Luis XI está allí en compañía de Tristán. Francisco I y Duprat, Carlos IX y su madre, Richelieu y Luis XII, Louvois, Letellier, Hebert y Maillard, aran las piedras por si consiguen que desaparezca la huella de sus acciones. Bajo las bóvedas se oye la escoba de esos espectros. Respírase en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Vense en las esquinas reflejos rojizos. Corre allí una

agua terrible donde se han lavado manos sangrientas.

El observador social debe entrar en esos parajes sombríos, pues forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se libra de su examen. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado es el que se pone al público cuando se tergiversa? El de vergüenza. La filosofía persigue con su leal mirada el mal y no le permite que se desvanezca en la nada. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el empequeñecimiento de las cosas que se extinguen, todo lo conoce. Adivina la púrpura por el jirón y la mujer por el harapo. Con su cloaca reconstruye la ciudad y con el cieno las costumbres. Del tiesto, deduce el ánfora ó el cántaro. Conoce, por la marca de una uña en el pergamino, la diferencia entre la judería de la Judengasse y la judería del Ghetto. En lo que es encuentra lo que ha sido: el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borrón de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones, las orgías, el pliegue de los caracteres al doblarse, la huella de la prostitución en las almas groseras, y en el traje de los mozos de cordel de Roma, la señal de los cezados de Mesalina.

### III

BRUNESSEAU

La alcantarilla de París era en la Edad media asunto de leyendas. En el siglo xvi, Enrique II intentó un reconocimiento que salió mal. No hace cien años, según testifica Mercier, que la cloaca quedó abandonada á sí misma y llegó á ser lo que buena-mente pudo.

El antiguo París estaba entregado á las disputas, á las indecisiones y á los ensayos. Fué por mucho tiempo bastante torpe. Después vino el 89 á mostrar cómo recobran el talento las ciudades. Pero antigua-mente la capital tenía poco entendimiento; no sabía desempeñar sus negocios ni moral ni materialmente, y lo mismo ignoraba cómo había de barrer las in-mundicias, que cómo había de extirpar los abusos. Donde quiera había de encontrar un obstáculo; de todo surgía la disputa. Por ejemplo; la alcantarilla era refractaria de todo itinerario. No llegaba á orien-tarse mejor en el muladar que á entenderse en la ciudad; arriba lo inteligible, abajo lo intrincado; la confusión de las lenguas sobre la confusión de los subterráneos; Babel sobre Dédalo.

A veces se le ocurría á la alcantarilla de París desbordarse, como si ese desconocido Nilo montase de repente en cólera. Había, y esto era infame, inun-daciones de albañal. Por momentos este estómago de la civilización digería mal; la cloaca reflúa á la gar-ganta de la ciudad y París tenía el resabor de su fango.

Estas semejanzas de la alcantarilla con el re-mordimiento eran buenas, en cuanto eran otros tantos avisos; pero se recibían mal, pues la ciudad se indignaba de que su cieno mostrase tal audacia, y no se avenía con aquel gustillo á basura. El reme-dio era digerirla mejor.

La inundación de 1802 es uno de los actuales recuerdos de los parisienses octogenarios. El fango se derramó por la plaza de las Victorias, donde está la estatua de Luis XIV; entró en la calle de San Honorato por las dos esclusas de los Campos Elíseos; en la calle de San Florentino por el albañal del mis-mo nombre; en la calle de Pierre á Poisson por el de la Sonnerie; en la calle de Popincourt por el de Chemin-Vert; en la calle de la Roquette por el de la calle de Loppe; cubrió los adoquines de la calle de los Campos Elíseos hasta la altura de treinta y cinco centímetros, y al medio día, funcionando por el vo-mitorio del Sena en sentido inverso, penetró en la calle de Mazarino, en la del Echaudé (torta) y en la del Marais (pantano), donde se detuvo á una distan-cia de ciento nueve metros, precisamente á pocos pasos de la casa que había habitado Racine, respec-tando en el siglo xvii al poeta más que al rey. Llegó al máximo de profundidad en la calle de San Pe-dro, donde se elevó tres pisos por cima de las baldosas de la esclusa, y al máximo de extensión de la calle de Sabino, donde se ostentó en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Al principio del siglo actual, la alcantarilla de París era todavía un lugar misterioso. El cieno no puede nunca gozar de buena reputación; pero en este caso la mala fama llegaba hasta poner pavor. París sabía confusamente que tenía debajo de sí un subterráneo horrible. Hablábese de él como de ese monstruoso charco de Tebas, donde pululaban escolopendras de quince piés de largo y que hubiera podido servir de baño á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos conocidos. Estaba aún muy próximo el tiempo en que los carros de la basura, de lo alto de los cuales Sainte-Foix fraternizaba con el marqués de Crequi, se vaciaban simplemente en la alcantarilla.

En cuanto á la limpieza, confiábase este cuidado á los chaparrones que, en vez de barrer, acumulaban más basura.

Roma, á lo menos, dejaba alguna poesía á su cloaca, dándole el nombre de gemonias; París insultaba la suya, llamándola el agujero hediondo. La ciencia y la superstición marchaban esta vez de acuerdo. El agujero hediondo no repugnaba menos á la higiene que á la leyenda. El fantasma, el coco, surgía bajo el fétido arco de la alcantarilla de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets habían sido arrojados en el albañal de la Barillerie; Fagon atribuyó la terrible fiebre maligna de 1685 á la gran hendidura de la alcantarilla de Marais, que permaneció abierta hasta 1833 en la calle de San Luis, casi enfrente á la muestra del Mensajero Galante.

La esclusa de la calle de la Mortellerie era célebre por las pestes que de allí salían; con su reja de hierro, cuyas puntas se asemejaban á una hilera de dientes, parecía en esa fatal calle una boca de dragón que lanzaba su hálito infernal sobre los hombres. La

imaginación popular realizaba el sombrío vertedero parisiense con cierta horrible mezcla de infinito. El albañal carecía de fondo. Era el bátrato. La idea de explorar esas regiones leprosas no se le ocurrió siquiera á la policía. ¿Quién había de atreverse con aquel desconocido? ¿Quién osaría echar la sonda en aquellas tinieblas ó emprender un viaje de exploración en semejante abismo? Era espantoso. Presentóse, sin embargo, una persona. La cloaca tuvo su Cristóbal Colón.

Un día, corría el año de 1805, en una de esas raras apariciones que el emperador hacía á París, el ministro de lo Interior fué á verle. Oíase en el Carrousel el ruido de los sables de todos aquellos soldados extraordinarios de la gran República y del grande Imperio; había un agolpamiento de héroes á la puerta de Napoleón; hombres del Rhin, del Escalda, del Adige y del Nilo; compañeros de Jouvett, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kleber; aerostatas de Fleurus; granaderos de Maguncia; pontoneros de Génova; húsares, á quienes habían visto las Pirámides; artilleros, á quienes habían salpicado las balas de Junot; coraceros, de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Zuiderzée; quien había seguido á Bonaparte al puente de Lodi; quien acompañó á Murat á la trinchera de Mantua, y no faltaban algunos de los que precedieron á Lannes en el barranco de Montebello. Todo el ejército de la época se encontraba allí, en el patio de las Tullerías, representado por partidas y custodiando á Napoleón, que á la sazón descansaba. Era la brillante época en que el grande ejército tenía tras de sí á Marengo y ante sí á Austerlitz.

—Señor,—dijo el ministro de lo Interior á Napoleón,—he visto ayer al hombre más intrépido de vuestro Imperio.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó bruscamente el emperador, —¿y qué ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—¿Cuál?

—Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existía, y se llamaba Bruneseau.

## IV

## PORMENORES IGNORADOS

Verificóse la visita. Fué una formidable campaña; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fué al mismo tiempo un viaje de exploración. Una de las personas que asistieron, obrero inteligente, muy joven á la sazón, refería aún, hace algunos años, los curiosos pormenores que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes estaban todavía en aquella época muy á los principios. Apenas Bruneseau hubo pasado las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando de veinte trabajadores, ocho se negaron á seguir adelante.

La operación era complicada; para hacer la visita era preciso ir limpiando; había, pues, que limpiar y fijar cada punto al mismo tiempo. Había que anotar los desagües, contar las rejillas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios depósitos, sondar los pequeños albañales que están como injertados en el principal, medir la altura de cada pasillo y el ancho, lo mismo en el arranque de la bóveda que en el zampeado; de-